

espacios de reciprocidad

Teatro Ensalle - compañía de teatro e sala en Vigo



Siempre me ha resultado difícil explicar desde dónde hacemos nuestro trabajo. De hecho creo que hemos ido entendiendo cada momento una vez sucedido. Sé que hemos atendido a lo que nos iba sucediendo en el cuerpo y capeando la fricción entre lo orgánico, la acción y lo organizado, la gestión.

Aunque lo hemos contado mil veces y casi todo el mundo lo sabe, hay que decirlo, la sala Ensalle es un proyecto que nace como resultado del trabajo de una compañía, o más concretamente como resultado del encuentro de Raquel Hernández y Pedro Fresneda en Madrid en el año 2000. Después, en 2003 decidimos trasladarnos a Vigo y empezar este proyecto. Mas tarde, en 2006 se sumó Artús Rei a la compañía y en 2008 al equipo de sala. Lo que no todo el mundo sabe es que abrimos con una nutrida experiencia de trabajo en teatros de toda índole y apenas sin habernos tenido que dedicar a la gestión, éramos trabajadores de la escena, no de la oficina y lo seguimos siendo. Siempre decimos, y es verdad, que lo que mueve y ha movido lo que sucede en Ensalle es fruto de la atención a lo que sucede en su escenario, la otra parte, la gestión se adapta y supedita al deseo artístico.

Abrir un espacio es una pulsión inexplicable que te coloca en un lugar incierto y desconocido. Por un lado te conviertes de golpe en una posibilidad de hacer funciones para otros, por otro lado no crees que ese sea tu lugar, no eres el programador de, o el director de, no tienes ese deseo, no es por eso que nosotros abrimos un espacio. Lo que sí tienes es la necesidad de construir algo que influya más allá de tu proyecto creativo, una necesidad de proponer otro modelo de lo posible y el deseo de hacerlo en colectivo.

“no tiene sentido abordar la programación de un espacio desde el concepto de la curaduría o la prescripción”

No hay dos espacios iguales, aunque todos tengamos que disfrazarnos de lo mismo frente al papelito, por eso siempre me ha molestado que se hable de las salas como de un todo uniforme, las salas, como los colectivos de creación, son el fruto de quien las habita. Las salas son su equipo, pero también su compañía y las compañías programadas.

Nosotros, no soy capaz de explicar porque, decidimos desde el principio que nuestra programación no se nutriría apenas del trabajo de nuestra compañía, nunca nos hemos dado temporadas ni programaciones largas, hemos querido formar parte del espacio en igualdad de condiciones con el resto de las participantes en la programación, y ese deseo no ha partido de la generosidad ni de la empatía, sino de la necesidad de construir en lo colectivo y de atender como creadoras a nuestra particular inquietud.

No pretendimos a priori que nuestra programación fuese mayoritariamente una programación de artes del movimiento, pero atendimos al deseo y por lo que se ve esa es la línea en la que estamos a gusto.

Tampoco quisimos de manera consciente apoyar a nadie ni generar un núcleo de creación, pero nos entusiasamos acompañando el deseo de otras y eso, se pretenda o no, cristaliza en un espacio orgánico donde las creadoras puedan atender a sus sombras y “perder” el tiempo en su búsqueda particular, es decir equivocarse e insistir.

A mi entender no tiene sentido abordar la programación de un espacio desde el concepto de la curaduría o la prescripción, honestamente cuando uno decide abrir un espacio lo único con lo que cuenta es con las ganas de compartir, pero no con el conocimiento para prescribir nada, no sé si el tiempo pueda conceder esa sabiduría, o es la posición la que hace parecer sabio al prescriptor. Sé que en este tiempo ha habido quien nos ha acusado de programar solo aquello que nos gustaba, “los de Ensalle programan para ellos” se ha dicho en algún momento, y la verdad es que sí, en parte acertaban, hemos dado espacio a las voces que creíamos que debían ser escuchadas, no desde el punto de vista de la razón, sino desde el prisma del que quiere avanzar y descubrir formas de hacer que no suelen ocupar el centro de la escena.

En lo marginal está el latido, en lo que no se ve puede estar el misterio.

Nunca nos hemos sentido cómodos con eso de competir ni de ganar, y claro, eso te coloca en un lugar extraño en esta cultura de numeritos, cuotas y valoraciones matemáticas. Creo que como más claramente hemos sabido explicar el trabajo que hacíamos ha sido cuando lo hemos hecho como colectivo, cuando hemos podido citar nombres de otros, trabajos de otros y momentos compartidos.

Y volviendo a las decisiones inconscientes, tampoco hemos decidido que la compañía se haya transformado en un híbrido entre teatro, danza, performance o eso que sea que somos a día de hoy, el camino ha ido marcando el interés de las personas que conformamos el colectivo, ha sido más un proceso de destilación que una receta aprendida.

Además es inevitable el cambio cuando a lo que te dedicas, en parte, es a hacer giras por Latinoamérica. Esos viajes nos han ayudado a entender el cuidado y el descuido de una manera muy distinta, el cuidado hacia las creadoras programadas en la sala no tiene que ver con las pantallas ni con las manzanitas o las pizarras llenas de ítems que seamos capaces de

“apostar por una creación transversal, difuminando las fronteras sectoriales”

acumular en la oficina, tiene que ver con la proximidad, con entender la fragilidad de cada momento y con ponerlo fácil en lo administrativo en la medida de lo posible.

Me gustaría compartir aquí, más que nada para que se entienda el nivel de inconsciencia y de organicidad del que hablo, cómo nació por ejemplo nuestro queridísimo festival Catropezas. Quiero compartir el accidente y un ejemplo de “urdimbre” de nuestro trabajo. En 2006 la danza empezaba a filtrarse en el espacio, y el dibujo de aquellas filtraciones dejaba manchas de humedad que hacían de mapa o de memoria, no sé, el caso es que decidimos llamar a Carmen Werner y contarle el proyecto del Seis Cordas, ese fin de semana que ha sido el estandarte de la danza en Ensalle. El modelo en sus inicios consistía en programar a seis coreógrafas, mostrar tres solos el viernes, tres solos el sábado y hacer una improvisación el domingo en la que utilizamos todos los espacios de la sala acompañados por músicos amigos. El caso es que llamamos a Carmen y ella, como cada vez que la hemos llamado, se tiró inmediatamente a la piscina, una vez sabíamos que Carmen estaría, todo era más fácil, había que llamar al resto, contarles el proyecto y decirles que Carmen Werner estaba entre los participantes. Ese primer año el Seis Cordas se hizo con Carmen Werner, Daniel Abreu, Guillermo Weicker, Mario Sáez, Teresa Navarrete y Ana Eulate.

Nosotros no estábamos haciendo la primera edición de un festival que está a punto de cumplir quince años, estábamos llamando a seis personas que ya habían pasado por la sala, con las que nos habíamos sentido muy a gusto y a las que queríamos ver juntas en escena, nada más. No esperábamos que el público respondiese como respondió ni sabíamos que diez o doce años más tarde estaríamos llamando a Raquel Sánchez y a Ana Buitrago para pedirles que de alguna manera nos acompañasen en la transformación de aquel proyecto. No sabíamos por qué necesitábamos destruir aquel primer proyecto y convertirlo en un híbrido entre creación y exhibición, un proceso de creación en 10 días con dos invitadas por parte de cada una de ellas, algo que surgió como resultado de nuestra atención al proceso y no al resultado, y decidimos seguir llamándole Seis Cordas porque el nombre nunca había sido lo importante.

Después han ido viniendo más proyectos que han ido constituyendo cambios y transformaciones colectivas. Un ejemplo muy claro es el proyecto de los Canchales, ese en el que nosotras como creadoras nos reunimos con otras creadoras o colectivos y en una semana, partiendo de intereses comunes, encontramos un lado desde el que mostrar inquietudes. Después de terminado el proceso cada una vuelve a su casa, pero el germen queda instalado en todas y a veces eso deriva en más de una creación, un trabajo que se entronca en su inicio y que ramifica en el interior de cada participante.

Supongo que la naturaleza del proyecto, los años transcurridos y la madurez de las integrantes, conduce a un espacio donde los días de función abierta a público no son más que una pequeña partecita de lo que en realidad hacemos o queremos hacer. Supongo que en el camino de lo que ahora mismo es Ensalle también hay decisiones de corte casi político, una de ellas, quizá la más importante es apostar por una creación transversal, difuminando las fronteras sectoriales, intentando que el nuestro sea un proyecto que, desde lo escénico, dé voz y ponga cuerpo a aquellas ideas que se plantean sobre lo posible. Imaginar otras formas de relación entre la sociedad y el arte, entre la alimentación y la sociedad y el arte, entre la construcción y el arte, entre el dinero y la necesidad y el arte... Imaginar otra forma de relación entre el individuo que decide asistir a la sala y las creadoras que deciden plantear un momento artístico, trascender la vieja lógica del espectáculo y el espectador.

“lo que consigue que la casa huela a casa es lo que pasa dentro”

Y por qué no, soñar con que esto pueda contribuir a una escena más plural, a una sociedad más plural, en la que quien tenga como objetivo vital llenar un teatro pueda hacerlo, pero quien guarde entre sus anhelos el deseo de investigar, pensar y compartir de a pocos, pueda hacerlo también.

En resumen creo que lo que hace de un proyecto una casa no son los planos ni los materiales, creo que lo que consigue que la casa huela a casa es lo que pasa dentro y con qué mirada se procesan cada uno de los sucesos vividos en ella.

Texto 14. Cara a unha escena plural. Teatro Ensalle.

Publicado en setembro de 2020 na órbita do proxecto “Cara a unha escena plural”, unha iniciativa que impulsa a circulación da danza e artes vivas de carácter profesional en Galicia. O proxecto, impulsado por Caterina Varela e Sabela Mendoza, nace no marco da Galicia Escena PRO 2019 e continúa en 2020 co apoio de Agadic e distintos espazos colaboradores.